

Raúl Ruiz, cineasta y creador chileno:

“Una película puede ayudar a entender la propia realidad”

“Hay excelentes cineastas de veinte años, y otros, como Manuel de Oliveira, que empiezan a los setenta”.

“Si acaso yo tengo algún rol político es probar que se pueden hacer películas marginales; casi todas las mías lo son”.

“A mí me gustan las películas que constantemente cambian de rumbo”

Por Carmen Imperatore

Dicen que mientras más alto llega un hombre intelectual mayor es su sencillez... sencillez. Y el multifacético cineasta chileno Raúl Ruiz es una buena prueba de ello. Alegre, simpático y muy relajado, combina una especie de humor muy particular con profundas reflexiones que, sin duda, están presentes en todas sus películas.

Reconocido mundialmente, con premios en Francia y en toda Europa, nombrado por primera vez una cámara a los nueve años. Hoy posee una vasta filmografía, a la cual se le han dedicado numerosos ensayos en revistas especializadas y tres libros analíticos.

—¿Por qué el cine arte no es popular? En Chile, me refiero, a lo mejor es el resto del mundo es distinto...

—No es muy distinto. El cine que gusta es aquel en que todas las partes son buenas y el conjunto banal, aunque no necesariamente malo. Una obra de arte es una individualidad, algo particular, y el problema del cine es que se mueve entre técnicas de comunicación que, por definición, deben ser claras, tener la capacidad de atraer e interesar, fáciles de digerir y entender, mientras una obra de arte posee dificultades para ser en ésta, porque no se ha visto nunca antes. El propósito que hay que pagar. Se necesita más esfuerzo y entender las reglas del juego.

—¿Y cuándo se llegan a entender?

—Cuando las entiendes, evidentemente el juego tiene otro sentido y usted va a estar muy contenta de conocer algo nuevo. A veces, incluso le ayuda a descubrir su propia realidad y una nueva manera de vivir en el mundo, que es lo que es el cine. Eso, evidentemente, no es fácil.

LEYES Y TEOLOGÍA

Curiosamente, Raúl Ruiz estudió Derecho y Teología, en 1959, y en numerosas entrevistas ha confesado: “Enfrenté a la Escuela de Leyes, porque quedaba al lado de mi casa”. En cuanto a la Teología, asegura que “fue una forma, pero para que sea una buena forma hay que llegar hasta el final. Yo me rocé,

porque había que saber griego, latín, hebreo...”.

Cuando se abrió de esos caminos, entró a canal 9 de Televisión de la Universidad de Chile (hoy canal 11) como montajista de los noticieros y del programa deportivo de Sergio Huelmo.

En la actualidad, tiene 48 años, está casado con la cineasta Valeria Sarmiento (Mi bella amiga) y sus hijos son sus películas.

—Cuando el público ve un filme —dijo hace tres años en Francia, donde vive—, busca primero la historia, los personajes y eventualmente ve las imágenes. Yo hago primero las imágenes, después trato de darle una coherencia, y si tengo tiempo le pongo un argumento. Casi nunca tengo tiempo... Los críticos son los que le ponen un argumento, lo que provoca que se hablo mucho...

—¿Por qué convendría con él el último día del III Festival de Cine de Viña del Mar, donde exhibió La ciudad de los pájaros y La barca de oro. Esta última, aún sin subtítulos en castellano, fue presentada en el Festival de Cine de Nueva York con gran éxito y, según Ruiz, “es justamente una de las pocas películas que funcionan inmediatamente con el público, a pesar de tener casi todas las características de un filme: crítica, laboriosa, inoperada; casi nunca se sabe para dónde va a parar...”.

“NADIE DIJO NADA”

—¿Qué hace a un buen cineasta?

—Nada, pero le puedo decir que a mí me gustan las películas que constantemente cambian de rumbo.

—¿Cuál es su filme que más le gusta?

—Nadie dijo nada... Allí todos muy desparatado, muy irregular, pero el conjunto es una de las películas más fuertes que he hecho.

—¿Qué le impulsa en su creación? ¿El mundo actual?

—No hay ninguna razón moral. Estoy convencido de que no hay nada peor para hacer cualquier obra de arte que la voluntad de cambiar el mundo.

—¿La ciudad de los pájaros



“Perpetuamente hay roles ocultos y secretos por dentro de nosotros en cine”. (Foto Esteban Zubala)

es una película fantástica, maravillosa. Entre otras cosas, me llamó la atención la brillantez de ciertos colores. Algo totalmente distinto a lo que se ve habitualmente en cine. ¿Cómo llegó a esa gama?

—Algunas escenas están pintadas a mano... Se pone un vidrio delante y se pinta con pintura, con el dedo...

—¿Hay una sensación de desesperanza detrás de algunas de sus películas? ¿La barca de oro, por ejemplo?

—No. Al revés, yo creo que es muy juguetona, a pesar de que está rodeada de muerte, de sangre, de destrucción y de crimen. Bueno, uno tiene que vivir con eso y la película trata de jugar con esas imágenes, sin que sea triste o desesperante.

—¿Entonces se ha pasado por todo el mundo...

—A mí me gusta trabajar con mucha gente, en el mundo. En todas partes he descubierto que todos somos muy, muy parecidos. Ahora voy a filmar a China, a Hong Kong...

—La historia la escribí yo y va a ser una película muy china, pero también muy chilena. Eso sí me gusta coproduciendo tres o cuatro filmes, después una obra de teatro y en 1991 algo grande, que me va a tomar mucho tiempo.

LA ETERNA ANOREXIA

—¿Echa de menos Chile?

—A veces echo de menos todo... En ese momento, echo de menos Boston, por ejemplo. Siempre que siempre voy a añorar algo de otro país...

—¿Qué ha significado para usted irse de Chile?

—Muchas cosas. En primer lugar, cambiar de idioma; saber que nunca se va a aprender completamente bien. Después, significa sentir que nunca se va a poder volver realmente. Al final, me he dado cuenta de que en todas partes uno se puede sentir

como en su propia casa. Esa tercera parte del exilio es la mejor, es la que estoy viviendo ahora.

—¿Qué le ha llamado la atención en este festival?

—La capacidad muy nueva de los cineastas chilenos de ponerse de acuerdo, de pasar al acto. Hace veinte años no existía. Con respecto a América Latina, el cine chileno debe ser el más variado, el más inventivo. Hay fuerza política y es una fiesta hay cosas que me han gustado mucho, como Historia de la guerra, de Juan Carlos Bustamante.

—¿Y qué le falta al cine chileno?

—Una coherencia, una lógica económica, para que las películas sean posibles.

—¿Pero es sólo un asunto de plata?

—No, lo peor que podría pasar sería que hubiera una enorme ayuda y todo el mundo se pusiera a hacer filmes. Los cineastas chilenos deben entender cómo se puede fabricar una película y que hay una relación entre su costo y el tipo de difusión futura.

—¿Y qué le pueden enseñar los viajes a los jóvenes?

—La técnica es compleja de aprender y eso los viejos sí lo pueden enseñar. Yo no creo que se pueda enseñar mucho de cine mismo, pero sí de técnicas de producción.

—¿Los jóvenes deben ser protagonistas en la creación cinematográfica?

—Sí, ya estaría bueno (se ríe), porque están los mismos de hace ochenta años. Están todos más computados de curso, en todas partes. Me los he encontrado como senadores, como jefes de no sé qué...

—¿Hay reglas para hacer cine?

—En cine no hay ninguna regla. Hay excelentes cineastas de veinte años y otros que empiezan a los cuarenta o a

los setenta. En el caso de un gran cineasta, Manuel de Oliveira, cuyas primeras películas importantes las filmó a los sesenta y dos años.

¿UNA TELENOVELA?

La primera vez que Raúl volvió a Chile fue en 1984, después de nueve años. Sus estadías han durado máximo 25 días y en cada viaje, afirma, ha tenido una imagen distinta.

En 1987 aseguró que haría una serie de películas para filmar en ese país, uno de ellos una historia que transcurre en Chile, “con brujas y todo”. En la actualidad, confiesa que le gustaría hacer una telenovela.

En su intención quehacer, montó en la Casa de la Cultura del puerto francés de Le Havre, un centro de producción y coproducción de películas, destinado a cineastas que tienen dificultades para producir sus filmes.

Además, las estaciones de televisión de Suiza, Holanda, Bélgica, Inglaterra, España, Italia y Francia compran sus largometrajes y contratan sus servicios profesionales para documentales.

—¿Es difícil hacer cine en todo el mundo?

—Es muy, muy difícil. Perpetuamente, hay esos roles ocultos y el noveno por ciento de nosotros en cine.

—¿La barca de oro tuvo un presupuesto bastante bajo, no?

—Costó veinte mil dólares. En ese momento, el nuevo movimiento de cine independiente en Nueva York, del cual formo parte ahora (su película fue presentada en el festival de Londres como del nuevo cine independiente americano) es un grupo de gente de diecinueve años, veinte y treinta años, que filma películas de entre cien mil y quinientos mil dólares. En un par de años, ese movimiento va a ser el boom...

"Una película puede ayudar a entender la propia realidad"

[artículo] Carmen Imperatore.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Imperatore, Carmen

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Una película puede ayudar a entender la propia realidad" [artículo] Carmen Imperatore. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile